

LA LITURGIA EN EL PURGATORIO DE DANTE

PRIMERA PARTE

I- Propósito e imagen

Al comenzar su "Purgatorio" —segunda parte de la Divina Comedia— Dante Alighieri manifiesta su propósito y hace una invocación:

Alza las velas
ahora la navecilla de mi ingenio
.....
pues cantaré aquel segundo reino
donde el humano espíritu se purga
y de subir al cielo se hace digno.
La muerta poesía aquí resurja,
¡oh santas Musas!

(I, 1-8)

Desde el principio de la primera parte dejó claro que comenzaba, por obra de la gracia divina, un camino de conversión: un descenso querido por Dios al lugar de los condenados, para que viéndolos reconociera en ellos sus propios pecados y hasta las más recónditas posibilidades del mal, que se esconden en toda alma humana y en la suya propia, inficionadas por la rebeldía de Adán. Pero notablemente, a pesar de que aquella admirable descripción del Infierno es poesía, Dante prefiere distinguirla bien de la que empezará ahora, en correspondencia con sus respectivos temas: allá, la muerte del alma; acá, su renacer por la purificación. El Purgatorio, como la misma palabra lo indica (del griego *πῦρ*: fuego), tiene ese carácter: en él obra un fuego muy distinto al otro, un fuego secreto que es el mismo amor de Dios, que va quemando las

impurezas del alma ya convertida, vuelta a Él y perdonada, y la va inflamando cada vez más del anhelo de contemplarlo. Queriendo hacer notar que esta gracia es fruto de la muerte y resurrección de Nuestro Señor, tras ubicar su descenso al infierno en los días del Viernes y Sábado Santos, hace que esta jornada de liberación coincida con el Domingo de Pascua. Este encuadre litúrgico destaca lo que está sucediéndole: nada más y nada menos que participar del Misterio Pascual que actualiza la Iglesia en su liturgia. Y acá habrá liturgia, la más alta poesía, sólo superada por la del Cielo.

Cuando él sale desde el fondo de la tierra en donde ha ubicado al Infierno —y no sin causa, pues con ello simboliza la honda penetración de lo demoníaco en la existencia mundana—, lo primero que nota es la diferencia de atmósfera entre un ámbito y otro:

Dulce color de oriental zafiro
que se efundía en el sereno aspecto
del aire puro...
le devolvió a mis ojos todo el goce
no bien yo abandoné el aura muerta
que pecho y ojos tanto me apenara.

(I, 13-18)

Constata que esa límpida y brillante luz del amanecer, se halla en una costa junto al mar, en las antípodas del hemisferio septentrional. Éste, según la creencia de la época, era el único lugar habitable por agruparse allí los continentes; y al sur, pensaban, sólo había mar. Por ello en este mar austral, imagina una isla donde se alza la montaña mística del Purgatorio. Su ascenso es el símbolo de la subida del alma hacia Dios, elevándose desde su pequeñez y baja hasta la altura y grandeza de los "hijos de Dios". Manifestando que esto es gracia que Él dispensa a través de la Iglesia, obrará allí la liturgia con su ímpetu y fuerza elevadora.

Y así como ella misma dice en el Salmo: *¿Quién puede subir al monte del Señor? El hombre de manos limpias y puro corazón* (Sal 23, 3a. 4a), así también lo alienta y mueve a purificarse en este monte. Dante nota también en seguida que está en un ámbito de paz y alegría por esta realización. Los tormentos del Purgatorio son muy distintos a los del Infierno y de ello dan testimonio los cantos litúrgicos:

¡Ah, cuán diversos son estos parajes
de aquellos del infierno! Aquí con cantos
se entra, y allá con feroces lamentos.

(XII, 112-114)

"Almas santas", "almas dichosas", "almas seguras", son expresiones que repite al ver y describir a las que va encontrando: "santas" en cuanto ya han recobrado la gracia santificante; "seguras", pues saben a ciencia cierta que alcanzarán la meta deseada; "dichosas" por esto, y porque aprecian que "se hacen dignas" de ello, despojándose de cuanto las empaña —los malos hábitos no suficientemente combatidos durante la vida terrena—, y ejercitándose en hábitos positivos —en aquellas virtudes que no alcanzaron antes de morir. En este sentido, el Purgatorio dantesco aparece como un sanatorio y como un instituto de belleza: las almas son curadas y embellecidas de acuerdo con sus respectivas necesidades, atendidas en este lugar durante un tiempo de gracia supletorio al de la existencia en la tierra.

Ahora bien, los remedios y tratamientos embellecedores que se aplican en este segundo reino dantesco se parecen a los que administra la Iglesia en nuestro mundo, y aquí como allí juega un papel esencial la liturgia. Esto es lo que quiero mostrar, subrayando lo plausible de esta idea poética, ya que el Purgatorio es Iglesia: la Iglesia Purgante, en estrecha relación con la Militante y la Triunfante, en las cuales hay liturgia.

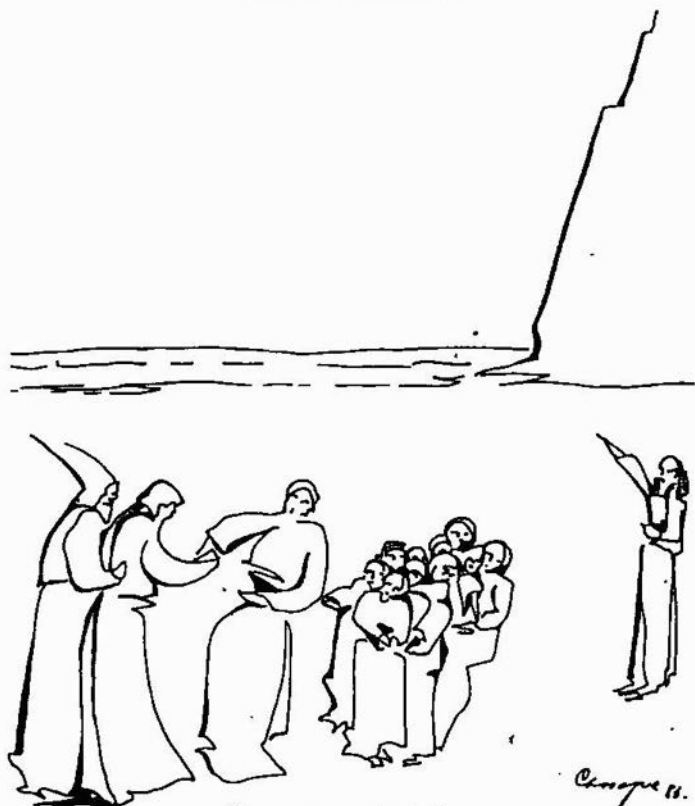
Liturgia de la llegada

Por de pronto, el poeta marca que nadie llega a este "segundo reino" sino viniendo de la Iglesia de Roma.

Dante ve acercarse una barca que surca el mar. En ella llegan los salvados, conducidos por un ángel luminoso. La barca representa a la Iglesia salvadora que surca las aguas del pecado y de la muerte. Casella, uno de los que desembarcan, le indica a Dante el lugar en que el ángel los recogiera:

.....en la ribera
 donde el agua del Tíber ya es salada.

 A aquella embocadura van sus alas,
 en el sitio en que siempre se reúnen
 cuantos al Aqueronte no descienden.



El canto de Casiclla
y la recepción de Catón

- Purgatorio, c. II -

La alusión es transparente: se trata del puerto romano, Ostia, que significa "puerto" y "puerta". Roma es la puerta, por serlo Cristo, que vive en su Iglesia. Puerta de salvación, puerto de salida de los salvados, de quienes forman esa reunión o asamblea que merece, como parte de la Iglesia total, ir a participar un tiempo de la Iglesia Purgante.

Es muy elocuente la escena de la llegada, verdadero momento litúrgico que inaugura todos los demás, con sus gestos y cantos característicos. Virgilio, el guía de Dante, le indica que se postre y ore:

Dobla, dobla las rodillas;
es el Ángel de Dios, junta las manos

(II, 28-29)

Y tras decirle que no ha de ver allí "sino a estos ministros" (en lugar de los sacerdotes, que tienen mucho de ángeles, por ser enviados y por sus votos), sigue la descripción:

A popa iba el celestial barquero
con alta beatitud en él inscripta;
más de cien almas transportaba el barco.

In exitu Israel de Aegipto
cantaban todas al unísono
con lo demás que resta de este salmo.

El signo de la cruz hizo sobre ellas;
tras lo cual se arrojaron a la playa,
y él se alejó, cual vino, velozmente.

(II, 43-51)

Las almas cantan el salmo 113, que corresponde a lo que les acaba de suceder: definitivamente han sido arrancadas a la esclavitud del pecado, figurado por Egipto de donde Moisés sacó al pueblo elegido para hacerle atravesar el Mar Rojo —bautismo transformador— y llevarlos al desierto, adonde Dios quería purificarlos antes de hacerlos entrar en la Tierra Prometida. Estas almas ya están liberadas del pecado, ya han atravesado la muerte doblemente: la del "hombre viejo" por el bautismo, y el "morir en Cristo" para disponerse a resucitar con él. El salmo dice su alegría de participar del Misterio Pascual; y renueva de una manera privilegiada, por referirse a algo que ahora es para ellas definitivo, la liturgia de la solemne Vigilia de Pascua, con su *Exultet* que expresa la misma realidad y los mismos sentimientos: *Esta santa noche...en que los sacaste de Egipto... los hiciste pasar el Mar Rojo...etc.*

Cuando Israel salió de Egipto... empiezan las almas hablando de ellas mismas, y luego salmodian tantas otras frases aleccionadoras. Por ejemplo: *Dios transforma las peñas en estanques, el pedernal en manantiales de agua. ¿No es un modo de revelarles que la montaña adusta que tienen ante sí es fuente de gracias? El grupo eclesial expresa, pues, su confianza: Israel confía en el Señor, y pide: Que el Señor se acuerde de nosotros y nos bendiga, bendiga a los fieles del Señor. La respuesta que el mismo salmo da de inmediato, la realiza el Ángel con su gesto: Benditos seáis del Señor... Realmente lo son, pues se han librado del Infierno y vivirán para siempre, y lo dicen con los dos últimos versículos:*

Los muertos ya no alaban al Señor,
ni los que bajan al silencio.

Nosotros sí, bendeciremos al Señor,
ahora y por siempre.
¡Aleluya!

Dante aplica al Purgatorio la liturgia aprendida en la tierra con la convicción de que allá se termina de cumplir lo que aquí quedó incompleto; que tanto en uno como en otro lado se requieren gestos, oraciones, cantos y ritos a través de los cuales el Espíritu Santo amonesta e influye interiormente en las almas cristianas hasta que sus sentimientos coincidan con los de Cristo, Cabeza del cuerpo del que son miembros.

Privadas de la ayuda litúrgica, las almas quedan "desconcertadas", sin saber qué hacer. Es que no han de hacer nada por su cuenta: sólo entrar en el ámbito eclesial curativo-santificante que les proporcionará los ejercicios adecuados de una liturgia apropiada. Lo que hubieron de hacer en este mundo, o lo que hicieron insuficientemente, se les dará aquí por una póstuma gracia divina: dejarse conformar cristianamente en obediencia y humildad.

Esto no significará pasividad. Muy por el contrario: la gracia revitalizará la voluntad para que llegue a ser como fue creada, y la estimulará a desarrollar las cuatro virtudes naturales que son indispensables para la realización de actos buenos: la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza. Estas virtudes, llamadas "cardinales", por constituir juntas la clave o el "gozne" de todo recto obrar, son vistas por Dante, no bien llega a la isla, como "estrellas" en el cielo del alba, pues van a guiar las diurnas prácticas de las almas, en respuesta a la gracia. Desaparecerán durante la noche, cuando cese el obrar; entonces lucirán las tres estrellas teológicas —fe, esperanza y caridad— que, por venir sólo de Dios, influyen aun durante el sueño.

En el Purgatorio vale verdaderamente lo que suele decirse en la tierra: "El tiempo es oro". No se pierde en futilidades, sino se lo aprovecha todo el día, desde el amanecer en que esas "cuatro luces santas" aparecen como signo de su renovado ejercicio. Íntimamente ligada a esta significación está la figura de Catón por representar el aprovechamiento de estas virtudes naturales antes del advenimiento de Cristo. Lo ubica en la playa para recibir a las almas recién llegadas y azuzarlas a ponerlas en práctica. Es elocuente su intervención cuando se distraen oyendo una canción de amor mundano:

...¿Pues qué es esto, almas lentas?
¿Qué negligencia, qué pereza es ésta?
Corred al monte y arrojad lo impuro
que impide que Dios se haga manifiesto.

(II, 120-123)

Liturgia en el Ante-purgatorio

Sin embargo, Dante experimenta que es imposible "correr":

Llegamos entre tanto al pie del monte:
allí encontramos roca tan abrupta
que la pierna más ágil sería inútil.
"¿Quién sabe dónde asciende esta pendiente
—dijo el maestro—...
como para poder subir sin alas?"

(III, 46-48 y 52-54)

Virgilio busca hacerle comprender la clase de movimiento que aquí hace falta: no el movimiento de los pies, sino el de la voluntad dirigiéndose hacia Dios, su meta:

...Aquí debe volarse:
digo que con las alas y las plumas
del gran deseo...

(IV, 27-29)



La subida al 1º reborde
Los negligentes bajo la roca
- Purgatorio - C. II -

Cayón.

Han conseguido trepar con gran esfuerzo, y a su discípulo cansado y desanimado lo alienta explicándole:

...Es tal esta montaña
 qué al comenzar, la cuesta es harío ruda,
 pero si asciendes más, se hace más suave.

(IV, 88-90)

Estas precisiones indican que la voluntad de los recién llegados es pesada, como contrariada todavía por el tironéo de costumbres mundanas: le cuesta elevarse hacia Dios. Al ir superando aquellos malos hábitos, primará el deseo de Dios y la apresurará.

Los peregrinos apenas han alcanzado los rebores inferiores de la montaña, y Dante ve la dificultad de ponerse en marcha hacia Dios en las que allí se encuentran, almas que se convirtieron a último momento:

...apareció un conjunto
 de almas, que hacia nosotros se acercaban,
 sin parecèrlo, tan lentas venían.

(III, 58-60)

Estas almas, remisas y negligentes, le confiesan haber pasado su vida en pecados y afanes mundanales, y que sólo "in extremis" respondieron al llamado de la gracia. Aquella larga indolencia las retiene todavía, y esto se manifiesta en su dejarse estar, sentadas a la sombra de los peñascos. A la vez que pinta el estado de su voluntad, esta inercia muestra que la gracia no obra mágicamente. Ha de darse tiempo a la naturaleza para que reaccione y pase de la indiferencia a una auténtica nostalgia de Dios. Quedándose allí empiezan a sentir ese dolor, primera desazón de la voluntad humana, hasta entonces aletargada. Así le dice una de ellas:

Nosotros...
 aún en la hora última pecamos:
 allí nos alumbró la luz del cielo,
 tanto que, arrepentidas, perdonadas,
 con paz de Dios salimos de esa vida,
 y ahora por verlo dueleños el ansia.

(V, 52-57)

Esta nostalgia es el primer síntoma del amor de Dios. Aquí como en todas partes es el amor que mueve a las almas del Purgatorio; un amor que se llama "deseo" pues todavía no ve al objeto que habrá de saciarlo. Aquí es deseo de poder moverse e

ir a purificarse para hacerse capaz de verlo en perfecta y digna transparencia. Y esta alma sabe, como las demás, que hay otros amores que pueden contribuir a ello: el de sus hermanos de este mundo. Por eso le pide:

...Así el deseo
que te trajo a este monte se te cumpla,
¡con tu buena piedad ayuda al mío!

(V, 85-87)

Y todas le van suplicando oraciones a él y que las pida a sus deudos cuando regrese al mundo, ya que, como otra le dice,

aquí, por los de allá, mucho se avanza.

(III, 145)

Ellas experimentan la verdad de la Comunión de los santos, ese intercambio de caridad y gracia entre los miembros de toda la Iglesia. Y como lo advierte Virgilio:

La esperanza de éstos nunca falla
porque fuego de amor cumple de pronto
lo que purgar aquí deben las almas.

(VI, 35-39)

Detrás de todos estos amores está siempre el gran Amor de Dios actuando. Y también la Iglesia lo administra de un modo privilegiado por medio de la liturgia. A los negligentes que todavía no acceden a la purificación, en esta zona de maduración del deseo que el poeta imagina como rebordes en la parte inferior de la montaña y que denomina "án-te-purgatorio", les da a recitar el *Miserere*, ese largo *Salmo 50* que, versículo a versículo, les hace tomar conciencia de sus culpas pasadas, para desear así la pena que merecen por ellas y librarse de sus consecuencias. Así los ve Dante:

cantando *Miserere*, verso a verso.

(V, 24)

Estos versos van cambiando esos corazones remisos e inconscientes, al infundirles buenos deseos:

*Misericordia, Dios mío, por tu bondad;
por tu inmensa compasión borra mi culpa;
lava del todo mi delito,
limpia mi pecado.
Pues yo reconozco mi culpa,
tengo presente mi pecado:*

contra Ti, contra Ti solo pequé,
 cometí la maldad que aborreces.
 Mira que en la culpa nací,
 pecador me concibió mi madre...

Quien respondió a la gracia a último momento, evidentemente no ha tenido tiempo de pensar o sentir esto. Tras aquella gracia de conversión, viene esta: ayudarlo a reconocerse pecador hasta la médula y querer ser íntimamente renovado:

*¡Oh Dios!, crea en mí un corazón puro,
 rénuévame por dentro con espíritu firme.
 Devuélveme la alegría, de tu salvación,
 afiánzame con espíritu generoso...
 Señor, me abrirás los labios
 y mi boca proclamará tu alabanza...*

El poeta ha aplicado muy a propósito este salmo con que la Iglesia inicia el tiempo de Cuaresma, a estas almas que deben disponerse a los ejercicios purgatoriales, los cuales se parecen a los cuaresmales. Con su recitación se predisponen a la penitencia, piden perseverancia, y todo ello con alegría y alabando a Dios que concede este tiempo de gracia. Parece también hacer efecto en Dante y en su guía, quienes poco después demuestran su apuro al inquirir:

*¿cómo llegar lo antes posible
 al comienzo real del Purgatorio?*
 (VII, 38-39)

Sin embargo, esto no será posible de inmediato, puesto que se acerca el anochecer:

*No hay otra causa que el subir impida
 que no sea la sombra de la noche*
 . . (VII, 55-59)

Clara alusión a las palabras de Nuestro Señor: *Caminad, mientras tenéis la luz, para que no os sorprendan las tinieblas; el que camina en tinieblas, no sabe a dónde va (Jn 12, 35)*, recalcando con ello, como lo hace también la Iglesia en su liturgia, que sólo se avanza a la luz de Cristo.

Yendo, pues, a recogerse a unas cuevas para pasar la noche, Dante y su guía, pasan por un lugar insospechado: un valle esmaltado de flores brillantes y perfumadas. Allí reposan, indolentes, príncipes y reyes recientemente fallecidos. El valle florido y

aromática manifiesta la clase de vida que acaban de dejar los que sucumbieron olvidándose del verdadero sentido de la existencia humana: ser un camino hacia el cielo. Atrapados por los goces que tenían a su alcance, se asentaron en ellos como si hubieran de durar siempre. Pero aquí, mientras los demora aquel acostumbramiento que se refleja en su postura —están sentados—, les es dado repetir una oración muy adecuada para combatirlo:

Salve Regina entre verde y flores
sentadas y cantando vi a las almas...

(VII, 82-83)

Cantando la *Salve*, seguramente van descubriendo que la Reina a la cual se dirigen no fue vana ni ostentosa —como solían serlo las reinas que conocieron— sino sencilla y dedicada al servicio de Dios; van aprendiendo que la existencia que a ellos les pareció un "valle florido", debió haber sido "un valle de lágrimas" para llorar sus faltas, y un "destierro" en comparación con la Tierra Prometida. La oración a la Virgen los ayuda a rectificarse:

A ti clamamos los desterrados hijos de Eva,
a ti suspiramos gimiendo y llorando en este valle de
lágrimas...

y después de este destierro muéstranos a Jesús...

Propio de los demorados en el Ante-purgatorio es padecer la inercia que resulta de habersé entretenido demasiado tiempo en el amor de sí mismos, contrarrestando el ímpetu hacia Dios que recién despertó a último momento.

Y el mismo Dante, que reconoce su propia inercia mundanal al experimentarla de nuevo junto a estos, en tanto participa de la liturgia para superarla, advierte que llega un momento en que se aviva su nostalgia de Dios. Recordemos que "nostalgia" significa literalmente "dolor por regresar", por eso la describe como el dolor del navegante o del peregrino enamorado. Esto sucede al anochecer cuando hasta el más instalado en los placeres de la vida, experimenta el sentimiento de su transitoriedad y su condición itinerante:

Ya erà la hora en que el deseo torna
al navegante, y le entenece el pecho
el día del adiós al dulce amigo;

y en la que el peregrino enamorado
plañe, si oye campana que a lo lejos
llorar parece el día que se muere.

Dante, que hasta entonces había estado entretenido conversando con los príncipes, pone atención:

para mirar a una de esas almas,
 erguida, que pedía la escuchase.
 Ella unió y levantó luego las palmas,
 fijando la mirada en el Oriente
 cual si dijera a Dios: "Sólo en Ti pienso!"
 Te lucís ante tan devotamente
 de su boca salió con tal dulzura
 que me hizo salirme de mí mismo;
 y luego las demás, dulces, devotas,
 con ella prosiguieron todo el himno,
 vuelta la vista a las supernas ruedas.

(VIII, 1-18)

El alma que se ha puesto de pie con gesto orante, convoca a todas las demás. Sacudiendo su previa indolencia, aúnan sus corazones en la misma devoción y concentrando su mirada, no en el sol natural que declina en occidente, sino en Aquel de quien este es imagen: Cristo, "Oriens ex alto", que no tiene ocaso, cantan el himno de *Completas*, la liturgia que corresponde a esta hora, expresando su temor a las sombras demoníacas y acogiéndose con confianza en Dios:

Antes que la luz se extinga,
 Creador de todo, te rogamos
 te acerques a custodiarnos
 con tu habitual clemencia.
 Lejos huyan los sueños
 y los fantasmas de la noche;
 reprime a nuestro enemigo:
 no sea que nos mancille.
 Concédenoslo, Padre bueno,
 y Tú, Hijo, igual al Padre
 con el Espíritu Santo,
 que reináis por todos los siglos. Amén.

No sólo el himno, sino también los salmos, lectura y oraciones de *Completas* se refieren a los terrores nocturnos y a la asechanza del enemigo, y ruegan a Dios que envíe a sus ángeles para custodiar a los que duermen. Lo notable es que aquí, en lugar de recitarlos, el poeta ofrece una dramatización de esos textos y plegarias, mostrando la expectativa de las almas y haciendo

aparecer dos ángeles custodios como respuesta divina. Es una verdadera "de-velación" de la acción litúrgica, y lo recalca:

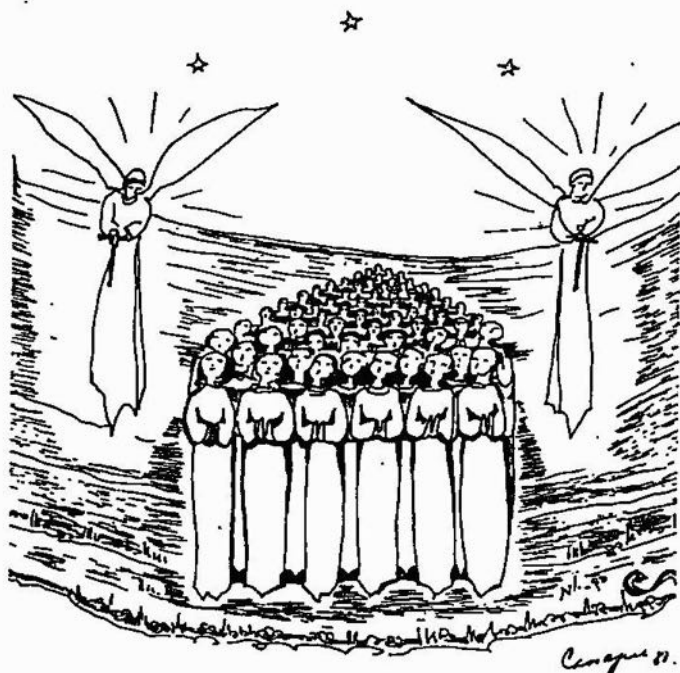
Aguzá aquí, léctor, muy bien tus ojos,
 que el velo de lo cierto es ya tan tenue
 que traspasarlo a fondo no es difícil.
 Yo vi en seguida a esa gentil tropa
 tácita, después, mirar arriba
 como esperando, pálida y humilde;
 y vi salir y vi bajar de pronto
 dos ángeles con espadas encendidas,
 truncadas y privadas de sus puntas.
 Verdes cual las hojitas primigenias
 eran sus vestes, que por verdes plumas
 estremecidas, por detrás ondeaban.
 Sobre nosotros se ubicó uno de ellos
 y bajó el otro en el reborde opuesto,
 y, así las almas viéronse en el medio.
 Bien discernía la cabeza rubia,
 más en su faz mis ojos se perdían
 como potencia que es sobrepasada.

(id., 19-36)

Frente a estos poderosos ministros divinos, cuyas vestes y alas verdes figuran la esperanza que comunican a las almas, nada podrá su "enemigo" y "acusador", que aparece bajo forma de serpiente pero que es fácilmente rechazado, de ahí las espadas trucas, que ni siquiera usan (los ángeles):

En la parte carente de reparo
 del yalécito, apareció una sierpe,
 tal vez la que dio a Eva el fruto amargo.
 Entre hierbas y flores avanzaba,
 aquí y allá moviendo la cabeza
 y lamiéndose el dorso sin descanso.
 Yo no vi, y decirlo no me es dado,
 cuál se movieron los azores célicos,
 mas pronto vi a los dos en pleno vuelo.
 Oyendo heñdir el aire por las alas,
 huyó la sierpe, y uno y otro ángel
 subió a su puesto, con igual revuelo.

(id., 97-108)



La oración de Completas
y
los Angeles Custodios
- Purgatorio, c. VIII -

Esta escenificación de la liturgia de Completas, completa la jornada de preparación al Purgatorio. Después del salmo *Miserere* que predispone a la penitencia y de la *Salve* que aviva la nostalgia de Dios, esta última acción litúrgica viene a confortar a estas almas que se sienten aún inseguras y, vacilantes como consecuencia de largos años de entrega a las tentaciones. A estos sentimientos, que resurgen bajo la forma de la serpiente que acecha y con la alusión al "fruto amargo", les contraponen la visión del enemigo impotente y del potente auxilio divino.

Entre el "fruto amargo" mencionado acá abajo y el "dulce fruto" que han de alcanzar arriba, se alza la montaña. Y esta vivencia de Completas fue necesaria para animarlas a encontrar en Dios su fuerza y a prepararse a su peregrinación, caminando de altura en altura hasta ver a Dios en Sión (cf. Sal 83).

Liturgia en la Puerta del Purgatorio

Con su "ante-purgatorio", el poeta florentino ha mostrado las disposiciones humanas requeridas para acceder al ámbito de purgación: conciencia de pecador, deseo de purificarse, nostalgia de Dios y confianza en su auxilio. Pero también quiere subrayar que el acceso al Purgatorio es totalmente obra de la gracia; por eso a él mismo le ocurre durante el sueño, en momentos en que no actúa su voluntad:

Cuando nuestra mente, peregrina,
ni por la carne ni la idea presa,
en sus visiones ya es casi divina,
creí ver, en mi sueño, suspendida,
un águila, con plumas todas de oro,
las alas tensas, prontas ya al descenso,

.....

que después como rayo descendía
y me raptaba a la región del fuego.

(IX, 16-30)

Esta vision correspondió a la realidad, y al despertar, Virgilio se lo confirma:

Has alcanzado, al fin, el Purgatorio:
mira el muro rocoso que lo ciñe;
mira la entrada en que el cantil se quiebra.
Hoy, en el alba que precede al día,
cuando el alma dormía en tus entrañas
sobre las flores que ornán la hondónada,
vino una dama y dijo: "Soy Lucía.
Déjame arrebatár a éste, que duerme;
así podré ayudarlo en su viaje".

.....

Te tomó ella, y al clarear el día
vino hacia arriba...

Te dejó aquí, mas antes me mostraron
sus ojos bellos esa entrada abierta.
Fuéronse juntos, luego, ella y tu sueño.

(IX, 49-63)

El simbolismo de este hecho es claro. El águila y Santa Lucía representan una misma cosa: la gracia iluminadora que eleva al alma para hacerla capaz de llegar a ver a Dios. Esta es la meta del Purgatorio. Pero antes hay una puerta, que la gracia le hace ver y por la cual lo ayuda a entrar. Esta puerta figura el sacramento

de la Reconciliación, del que el Purgatorio es prolongación: el momento penitencial que no ha podido cumplirse del todo en la tierra, se perfeccionará aquí.



El sueño de Dante y la subida
gracias a Sta. Lucía

Purgatorio, c. IX

Veamos cómo Dante describe, prestándole imágenes, la liturgia del sacramento de la Reconciliación:

Vi una puerta, y abajo tres peldaños
para ascender, de tonos muy diversos,
y un portero que aun nada decía.
Y como más y más abrí los ojos,
lo vi sentado en la grada excelsa
y su faz no podía soportarse;
y una espada desnuda sostenía
que tal brillo irradiaba hacia nosotros
que en vano yo la vista levantaba.

(IX, 76-84)

La gracia iluminante lo ayuda a ver, pero el brillo en el rostro y en la espada del ángel lo deslumbra. Dios reluce en su ministro y en aquel instrumento que representa su capacidad de discernir la verdad del alma que se somete a la confesión. Por de pronto, basta que Dante le nombre a "la dama del cielo", es decir a la gracia iluminadora, para que le augure un buen aprovechamiento de la misma y le anime a allegarse:

Vuestro paso con bien ella aventaje,
con cortesía prosiguió el portero,
"venid pues, adelante, hasta las gradas".
(IX, 91-93)

No se trata de un confesonario. Cada grada es imagen de un paso a dar por el penitente: examen de conciencia y arrepentimiento, la primera; dolorosa declaración de los pecados, la segunda; propósito de expiar con contrición perfecta, la tercera:

Fuimos allí, y el escalón primero
era de mármol blanco tan pulido
que en él pude espejarme totalmente.
El segundo era oscuro más que glauco,
de una pedreta tosca y calcinada,
con grietas a lo largo y a lo ancho.
El tercero...
pórfido parecía, y tan rojizo
como sangre que brota de las venas.
Sobre éste apoyaba las dos plantas
el ángel del Señor, allí sentado
sobre el umbral, que yo creí diamante.
Por las tres gradas, bien dispuesto el ánimo,
mi guía me llevó, diciendo: "Pide
humildemente que el cerrojo corra".
Devoto me arrojé a los pies santos:
pedí me abriera por misericordia,
pero en mi pecho, antes, di tres golpes.
Y siete P. me diseñó en la frente
con el extremo de su espada, y dijo:
"Lava, cuando estés adentro, estas señales".
(IX, 94-114)

Tiene lugar aquí el juicio particular de cada alma y en este caso la de Dante. La espada discernie a fondo en su corazón, tocándolo de tal modo que provoca la perfecta contrición. Esos tres golpes son el

signo de que le duele haber contrariado el amor del Dios Trino. Y es este Trino Amor el que, por medio de su ministro le concede purgarse de los siete pecados capitales que le grabó en la frente con siete letras capitales.

Tras la espléndida representación de la conjunción del hombre que quiere expiar y de la gracia de Dios que se lo concede, viene la apertura de la Puerta, con dos llaves también simbólicas:

Y dos llaves sacó de entre sus ropas:
de oro era una, otra era de plata;
con la blanca, y muy luego con la gualda
hizo a la puerta lo que yo deseaba.
"Pues siempre que una de estas llaves falla
y no gira cual debe en su orificio,
este paso", nos dijo, no se abre.
Preciosa es una, mas la otra exige
arte e ingenio antes que funcione,
pues ésta es la que desata el nudo.
Vienen de Pedro; y él me tiene dicho
que antes abra con ellas y no cierre,
con tal que humildes ante mí se posfren".

(IX, 117-129)

Estas precisiones son importantes. Por de pronto, muestran una vez más que la fantasía del poeta no trabaja autónomamente, sino en dependencia de la Iglesia. Además, evidencia el poder de decisión de la Iglesia Militante, acatado por la Purgante. Pedro es el Vicario de Cristo en la tierra, y lo que tú ates o desates en la tierra, será atado o desatado en el cielo... (cf. Mt 16, 19) La Iglesia exige la buena disposición del penitente; pero esta llave de oro, muy preciosa, no basta sin la autoridad eclesial ejercida por los sacerdotes y obispos unidos al Papa. Esta es la segunda llave. Son ellos los que deben discernir y decidir con su prudencia, no fácil de ejercer, pero imprescindible, ya que Cristo mismo así lo ha dispuesto.

Finalmente, como Dante asocia la gracia de su conversión con el Año Jubilar de 1300, y hace coincidir su peregrinaje por el más allá con los días culminantes de ese año, entre Semana Santa y la Semana de Pascua, aprovecha aquí la oportunidad de expresarlo una vez más al describir la apertura de esta puerta, que recuerda a la de San Pedro:

Empujó luego la sagrada puerta,

.....

Y cuando ya giraron en sus goznes

los espigones de la sacra puerta,
que son de metal fuerte y resonante

.....

yo me volví, ante el primer sonido:
y *Te Deum laudamus* parecía
que se cantaba a dulces voces mixtas.

(IX, 130-141)

Coincidiendo con la hora de entrada al Purgatorio, el himno final de Maitines, entonado antifonalmente por los ángeles, dice su regocijo y alaba a Dios por el "pecador arrepentido" a quien le concede cumplir su penitencia.

II - Liturgia en las etapas penitenciales

Al describir su entrada al Purgatorio, Dante dice:

Cuando el umbral franqueamos de esa puerta,
que las almas por mal amor no emplean,
pues fingen recta a la torcida vía...

(X, 1-3)

Piensa sin duda en su triste experiencia: desviado, perdido, y peor, engañándose a sí mismo: "fingen recta a la torcida vía..."

Al ser tocado por la gracia se confiesa, reconoce y quiere tomar el buen camino. Pero ¿cómo hacerlo efectivamente si el mal amor se ha encarnado, hecho una segunda naturaleza?

Ingresar al Purgatorio es orientarse hacia el buen camino. Es ponerse en marcha en un ascenso arduo-penitencial, por estadios que permiten al alma ir reemplazando malos amores por buenos, vicios por virtudes, hasta que el alma purificada esté preparada y sea digna de gozar del Sumo Bien.

1 - Liturgia para expiar la soberbia

Franqueada la puerta, Dante y su guía ascienden penosamente por una ladera escarpada hasta llegar a una cornisa angosta: por ella irán rodeando la montaña hasta encontrar un lugar donde subir a la próxima etapa.

Este primer piso del Purgatorio está destinado a curar la soberbia y adquirir la humildad. Su aspecto, que recuerda a los deambulatorios de las iglesias góticas por su forma circular y por sus bajorrelieves, tiene que ver con los tratamientos que allí se aplican a los penitentes:

· Aún no habíamos dado un solo paso cuando noté que todo el muro en torno

.....

era de mármol cándido, y ornado de tallas:

.....

· El ángel que a la tierra dio el anuncio de la paz tantos años lacrimada y que abrió el cielo tras el largo veto, tan real se mostraba ante nosotros, allí tallado en actitud suave, que imagen muda en nada parecía.

Yo habría jurado que decía ¡Ave!, pues ahí estaba presente aquella que el alto amor abrió con santa llave, y en su actitud expresaba estas palabras *Ecce ancilla Dei*.....

Y vi luego, más allá de María, otro relato impuesto en esa roca:

...

Vi tallados allí en el mismo mármol carro y bueyes llevando el arca santa.

.....

y precediendo a ese bendito vaso, bailando, alzado el manto, iba el Salmista, y más que rey, y menos, era entonces.

De ese lugar moví después mis pasos para observar de cerca otro episodio:

....

Historiada se hallaba la alta gloria del príncipe romano cuyo mérito movió a Gregorio a su triunfo ilustre; —al imperial Trajano en esto aludo—, y una viudita le tomaba el freno en actitud llorosa..... etc.

.....

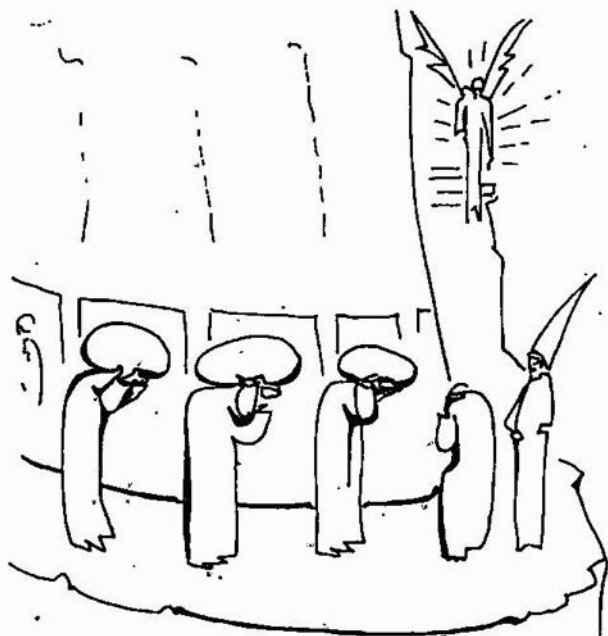
Sólo Aquel que jamás vio cosa nueva

producir pudo este hablar visible:

.....
cuadros de una humildad tan extremada
y por su artífice gratos a la vista".

(X, 28-99)

La sorprendente elocuencia de los bajorrelieves revela a su autor: son obra de Dios, palabra de Dios. Contemplarlos es como leer historias completas con los ojos. En este ámbito eclesial funcionan como las lecturas o lecciones que se proponen a la meditación en los oficios litúrgicos. Es un verdadero "servicio" que se les ofrece a los penitentes en cada vuelta diaria de la cornisa, semejante al que hace la Iglesia en esta tierra, con su cotidiana presentación de textos tomados de la Escritura, los Padres y Doctores.



La expiación de la soberbia

-Purgatorio, 4ª terraza - c.X-

"La condición tan grave
de su tormento a tierra los doblega..."

Congre 13

Las tres escenas de esta primera cornisa son lecciones de humildad. Con la Anunciación se sugiere la humildad de Dios al encarnarse, y la de María que, al ser saludada como "llena de gracia" y proponérsele ser Madre de Dios, prefiere decirse simplemente su "esclava". La segunda escena propone la humildad de David, abajándose de su rango real para bailar ante el arca de la Alianza, como uno de tantos. El tercer ejemplo, destacado por San Gregorio Magno (según cuenta Juan Diácono en su "Vida"), es el del emperador Trajano que en plena entrada triunfal, condescendió a atender la súplica de una pobre viuda.

Los tres casos muestran a la humildad como el descender de alguien superior—sea por excelencia intrínseca, sea por rango—al nivel del común de los mortales. Este sencillo compartir la condición humana revela una grandeza de alma que Dante recalca hablando de David: "Y más que rey, y menos, era entonces". Resuena aquí la paradoja del Evangelio: *El que se humilla, es exaltado, con la contraparte: el que se exalta, es humillado.*

¡Bien le viene esta elocuencia a los soberbios! Al ufanarse de su superioridad ("superbio" es quien se siente super) demostraron mezquindad, y en lugar de crecer, decrecieron, como comenta Virgilio al verlos:

¡Oh soberbios cristianos, apocados,
que de ceguera intelectual enfermos,
confiáis en pasos que hacia atrás os llévan!

(X, 121-123)

Esta disminución se pone ahora de manifiesto. Los anteriormente altivos van doblegados bajo enormes piedras, tan curvados que Dante, a su vez, ha de inclinarse para hablar con ellos. Estas piedras pesadísimas figuran el ansia exagerada y vanagloriosa que ellos mismos se echaron encima en vida y que en verdad los aplastó. Recién aquí sienten su peso, y por ello el castigo es también una gracia. Este penoso andar cargados, los hace tomar conciencia de aquella carga inútil: la preocupación por sobresalir, por conquistar fama —una fama tan efímera, como le dice a Dante uno de ellos, conocido artista, hablando de él y de otros artistas.

La posición refleja asimismo este buscar sólo superioridades terrenas: miran a la tierra, como miraban entonces lo que les impedía mirar hacia el cielo y responder al llamado de Dios, que constituye

verdadera superioridad y dignidad de la persona humana; apocados, realmente, y "enfermos de ceguera intelectual", no se alzaron hasta la medida que Dios les proponía: la de "hijos de Dios".

Ahora se los ayuda: además de las lecciones de humildad que pueden contemplar de costado e ir meditando; además de la obligada inclinación que los mueve a humillarse en su corazón, se les concede rezar y meditar la oración más apropiada: el Padrenuestro.

Es apropiada porque les recuerda que hay un Dios en el cielo, infinitamente superior a sus pretendidas superioridades; porque los reubica en su lugar de hijos, que le deben a este Padre la vida y todo lo que son. El solo hecho de recitar las peticiones significa deponer la autosuficiencia y reconocerse dependientes, como ellos mismos lo confiesan en su glosa meditativa:

Y vengá a nos la paz de ese tu reino,
a la cual remontarnos no podemos
con nuestro ingenio, si ella no nos viene.

(XI, 7-9)

No puede persistir la arrogancia, en quienes piden. Necesariamente ha de ir cediendo cuando deben pedirlo todo, hasta el perdón:

...perdónanos
benigno, sin mirar a nuestro mérito

(*id.*, 17-18)

Cabe repetir aquí lo que observa San Agustín en su carta a Proba al comentar el Padrenuestro: "que el Señor nos lo enseñó y nos dio sus palabras, no porque Dios las necesite; ya que lo sabe todo antes que las pronunciemos, sino porque nosotros las necesitamos; ellas nos amonestan, nos descubren lo que debemos pedir y nos graban en la memoria todas las realidades".

Al decir "hágase tu voluntad", el Padrenuestro enseña la obediencia, primera prueba de la humildad; al decir constantemente "nosotros", y no "yo" solo, enseña a pensar en los otros, lo que es particularmente necesario a los soberbios que, por serlo, son despreciativos de los demás. Uno de ellos lo confiesa, tratando de remediarlo:

La sangre antigua y los ilustres hechos
de los míos me dieron tal orgullo

que, no pensando en el común origen,
a todos despreció...

...

Y aquí conviene que este peso lleve
por ellos...

(XI, 61-71)

Quien así habla se está volviendo humilde: reconoce el "común origen", se iguala a los "hermanos" y se ocupa de ellos; o mejor sería decir, siguiendo la sugerencia de sus palabras se "encarga" de ellos.

Esta oración va transformando a todos. El encargarse del prójimo arranca de su última petición "No nos dejes caer en la tentación y líbranos del Malo", pues los induce a decir:

Señor amado, este ruego último
no es por nosotros, ahora rescatados,
es por aquellos que a la zaga quedan.

Por lo que Dante dice:

Así para nosotros y por todos
orando iban las sombras bajo el peso
...
con diversas angustias y fatigas
purgando la inmundicia de este mundo.

Y reflexiona, para su coleteo:

Si desde allí se ruega por nosotros
¿qué no pueden pedir y hacer por ellos
cuantos raíz de bien llevan consigo?

(XI, 25-33)

Dante aprende, comparte y participa de la transformación que operan estos tratamientos, lecciones y ejemplos, y tanto más cuanto se da cuenta que el orgullo ha sido su principal falla. Le agradece al artista que lo alerta sobre la vanagloria mundana:

Tu dicho en mí reanima
a la humildad, y mi hinchazón vacías.

(XI, 118-119)

Le viene bien hasta la postura inclinada que se ve obligado a adoptar para dialogar: "Escuchando incliné el rostro a la tierra"; "encorvado, iba con ellos"; "pareados como bueyes bajo el yugo / junto al alma cargada yo marchaba"... Estas actitudes, gestos y

movimientos no son meramente físicos: del cuerpo van pasando al alma, y él mismo lo nota:

Enderecé cual para andar conviene
la talla entera, aún cuando el pensamiento
permaneció inclinado y humilde.

(XII, 7-9)

Aquí, como en todo momento en el poema, resalta la estrecha solidaridad alma-cuerpo que hace necesarias las palabras, ejercicios y ritos litúrgicos: alzar las manos, mirar a lo alto, arrodillarse, decir oraciones, no son simple formalidades, sino medios formativos del corazón humano, que van encarnando buenos sentimientos. *Inclina mi corazón a tus preceptos*, dice el Salmo 118, y tantos otros que reiteran esta expresión que define al humilde de corazón. Hasta la indicación de Virgilio traduce lo mismo:

¡Baja la vista:
bueno será para allanar la ruta
mirar el lecho en que das tus pasos.

(XII, 13-15)

Debe hacerlo para aprovechar las últimas lecciones de la jornada litúrgica. Se trata nuevamente de la elocuencia de la piedra, modelada esta vez para representar a una serie de "caídos", como consecuencia de su obstinada e impenitente soberbia:

Vea a aquel que tuvo más nobleza
entre las criaturas, desde el cielo
fulgurando caer...

(XII, 25-27)

Empezando por Lucifer y siguiendo por cuantos se alzaron desafiando al cielo, —los constructores de la Torre de Babel y gigantes mitológicos, y reyes rebeldes como Saúl y Roboam—, todos aparecen conservando sus gestos altaneros pero tendidos como los "yacentes" de las catedrales. No podría expresarse mejor la paradoja: *El que se exalta, es humillado*. Dante comprende entonces que la superioridad que se arrogan los soberbios es vaná, ilusoria y frustrante. Limitada a lo terreno y mundanal, les impide elevarse a la altura mucho mayor a la que Dios los ha destinado. Por eso exclama, pensando en los que quedan en la tierra:

¡Ahora, soberbios, levanta el frente,
hijos de Eva, y no inclina el rostro
porque no avizoréis el mal sendero!

(XII, 70-72)

Y a él que va meditando lo aprendido, cabizbajo y ya ciertamente humilde, le repite su guía: "¡Alza la frente!" En ese momento viene un ángel para invitarlo a subir, y él va a poder hacerlo fácilmente por haberse descargado de pretensiones y cargas vanagloriosas¹:

Ya se acercaba la creatura hermosa,
albivestida y con la faz radiante
cual tremolar de matutina estrella.

Abrió los brazos, luego abrió las alas;
dijo: "Venid, aquí se hallan las gradas,
ahora ascender se puede ágilmente.

A esta invitación acuden pocos:
¡oh humanos, nacidos para el vuelo!"

(XII, 88-95)

La exclamación del ángel lo resume todo, y a partir de entonces Dante se siente efectivamente más liviano. La humildad también llamada "pobreza de espíritu" le ha quitado de encima la más pesada de las cargas, y lo proclaman "dichoso" por haber adquirido esta virtuosa facilidad:

Beati pauperi spiritu! voces
cantaron, cual no hay modo de decirlo.

(XII, 110-111)

2 - Liturgia para curar la envidia

Ya estábamos en lo alto de la escala
donde por vez segunda se retrae
el monte que al subirlo purifica...

A diferencia de la cornisa anterior,

ni imagen ni escultura allí aparece.
(XIII, 1-7)

1. Notablemente, este descargarse de peso inútil y hacerse cargo de la común condición humana y fraternidad cristiana que implica la humildad, se cumplió a la hora de Sexta, como si Dante se hubiese inspirado en esa lección del Oficio que manda: Llevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo (Ga 6, 2)

En su lugar, hay voces:

y sentimos volar hacia nosotros
pero sin verlos, espíritus que invitan
cortesmente a la mesa del amor.

La voz primera que pasó volando
"Vinum non habent" altamente dijo
y así lo reiteró tras de nosotros.

...

Otra, "Soy Orestes"

pasó gritando...

...La tercera

pasó diciendo: "Amad a los que os dañan".

(XIII, 25-36)

¿Qué son estas voces? Son las lecciones propuestas al comienzo de la jornada, aquí gritadas y sintetizadas en una sola frase. No tienen vino resume la escena de las bodas de Caná (*In 2*, 1-12) subrayando la intervención de María para remediar esa falta que amenaza aguar la fiesta. Soy Orestes sugiere que este mítico personaje aceptó cargar con las culpas de su familia y liberar a su pueblo de la tiranía. La tercera frase no necesita comentario: sintetiza la ley evangélica promulgada por Nuestro Señor en el Sermón de la Montaña.

Estas simples frases son tan significativas y elocuentes como los bajorrelieves del primer piso y mueven, como aquellos a meditar o "razonar"². Las lecciones de este segundo piso resultan un poderoso estimulante para interesarse y ocuparse del prójimo. Y comprenderemos el método auditivo y la clase de estímulo, si atendemos a la condición de los pacientes que allí se encuentran.

Virgilio le previene a Dante:

Este cerco azota
la culpa de la envidia, más las cuerdas
del látigo en amor están trenzadas.

...

Verás gentes sentadas allí al frente
y todas apoyadas en la roca.

(XIII, 37-45)

2. En el verso 126, uno de los penitentes se refiere a "nostra raggion" (nuestra meditación o reflexión)

Y Dante las describe:

Uno aguantaba al otro con la espalda:

...

Como los ciegos que no tienen nada
van a las romerías y mendigan
y apoya uno en otro la cabeza,

...

los párpados un hilo les perfora
y cose...

...allí hallábanse las sombras
devotas, que a través de las costuras
bañaban con el llanto las mejillas.

(XIII, 59-84)

Una de ellas le explica:

No fui sabia, aunque *Sapía* me llamaron,
y más placer me dio el daño ajeno
que no el que me alcanzó la dicha mía:

(XIII, 106-111)

Y otra:

La envidia me quemó tanto la sangre
que frente a un hombre que se regocija
me hubiera visto de livor cubierto.

(XIV, 82-84)

La postración, la ceguedad, el color lívido y lo urticante de los mantos que los cubren, todo pone al descubierto el pecado y vicio de la envidia: "tristeza por el bien ajeno" y hasta alegría por su daño; tristeza mala que paraliza, y que envenena al punto de quitar el color y amarillear el rostro. Mala tristeza que los encierra en sí mismos, rumiándola, y que les impide ver: no aprecian los propios bienes ni se alegran con las obras de Dios, ni reconocen en el prójimo a un hermano. No ven, o ven con malos ojos: esto es lo que indica la palabra misma, "envidia" (in-vidia) y, lo que aquí sale a relucir.

Sin embargo, estos envidiosos están en trance de curación: lloran su pecado y así su anterior mala tristeza se les va volviendo tristeza buena, ya que, como dice el Apóstol, es bueno contristarse por penitencia (2Co 7, 9). Y es lo que Dante comprende y les desea:

Pueda la gracia disolver la espuma
de la conciencia, para que por ella
descienda, claro, el río de la mente.

(XIII, 88-90)

En cuanto al prójimo al que no vieron o miraron con malos ojos, el tenerlo a su lado y sentirlo —espalda con espalda y cabeza con cabeza— constituye un comienzo de ayuda y apoyo mutuos, un ejercicio de caridad: al compartir la penitencia se están iniciando en la práctica que marcan las tres lecturas: "sentarse a la mesa del amor".

En el mismo sentido obra la oración prescrita: las *Letanías de todos los santos*;

Oí gritar: "María, por nosotros ruega!",
 gritar: "¡Pedro!", "¡Miguel!", "¡todos los santos!".

(XIII, 50-51)

Ruegan comunitariamente unos por otros, y el invocar a la Virgen y a los santos, ejemplos de caridad fraterna, los mueve a imitarlos, y los consuela al recordar que hay otros que se interesan por ellos.

Es notable que recen gritando, así como escuchan las lecturas hechas a gritos: se diría que lo necesitan para romper la cerrazón de la mente y el corazón causada por la envidia obnubiladora.

Del mismo modo le llegan las últimas lecciones, ejemplos de la envidia impenitente: el grito de Caín y el de Aglaura (un personaje mitológico) suenan como "truenos" que hubieran de perforarlos (XIV, 131-138).

¿Qué virtud adquieren con estos tratamientos? Esa magnánima cortesía cristiana llamada "compasión" que consiste en acompañar de corazón al prójimo en sus dichas y dolores; compasión: pasión compartida que llega a ser "misericordia" al resonar íntimamente con la miseria ajena. Los envidiosos se centraron sólo en los bienes ajenos y se entristecieron al no tenerlos, considerándolos como males propios (así lo observa Santo Tomás, fuente inmediata de Dante). En cambio, la compasión misericordiosa, que presta atención a los males ajenos, hace que la tristeza que nos causan nos mueva a tratar de remediarlos, aunque más no sea con palabras corteses de consuelo, como vemos que están aprendiendo a hacerlo aquí estas almas.

También Dante —si bien confiesa, no haber pecado tanto de envidia como de soberbia— (XIII, 133-135) ha aprendido y terminado el tratamiento. Prueba de ello es el sentir de pronto el golpe de un intenso resplandor. Es el ángel, y como a su modo ha participado

de la penitencial ceguera, le ocurre como a los que salen de ella: queda deslumbrado. Y oye un canto alegre que le anuncia haber vencido la envidia y conquistado la misericordia:

Beati misericordes! nos cantaban
detrás, y luego "¡Exulta tú que vencés!"
(XV, 38-39)

Después de la bienaventuranza y de subir las gradas, Virgilio le hace ver qué diferente es tener puestos los ojos en el amor de Dios que en el amor a las riquezas materiales:

Porque vuestros deseos se dirigen
a bienes que al partirse disminuyen
el fuelle de la envidia da suspiros.
Mas si el amor de la suprema esfera
llevase hacia lo alto vuestro anhelo
tal miedo no tendrías en el pecho
pues cuanto más allí dicen "lo nuestro"
un mayor bien, posee cada uno
y mayor caridad, arde en tal claustro.
(XV, 49-57)

Al revés de los bienes materiales, el Bien Divino es *diffusivus sui*, infinitamente compartible y multiplicable. Si en la tierra pensáramos que Cristo nos lo ganó para todos, nos alegraríamos y esta alegría alejaría toda tristeza. No cabría la envidia, ya que no somos rescatados ni con oro ni con plata ni con otro metal, sino con la preciosa sangre de Nuestro Señor (1P 17, 19), tal como lo recuerda una lectura del Oficio de Nona. Curiosamente, la curación de la envidia se cumplió en esta hora.

3 - Liturgia para curar la iracundia

No está de más tener en cuenta las definiciones de Aristóteles y Santo Tomás para comprender el tratamiento que concibe el poeta florentino para los pacientes del tercer piso del Purgatorio.

Aristóteles dice en su *Retórica* (1, 2): "La ira es el apetito de castigo con tristezas, a causa de algún aparente menosprecio".

Santo Tomás explica en la *Suma Teológica* (1a. 2ae. 47-48): "La ira es el deseo de perjudicar a otro por justa venganza"; "todos sus

motivos se reducen a alguna especie de menosprecio", lo cual supone "en el que se irrita, una excelencia o dignidad que le desconocen". "El irritado... se entristece por el ultraje recibido, pero se deleita con la venganza meditada y esperada"; "tiende a repeler la injuria con la venganza, originándose de aquí una gran vehemencia e ímpetuosidad": "el corazón inflamado palpita, el cuerpo tiembla, el rostro se enciende, trábase la lengua... etc.", evidenciando que la "ira conturba más que las demás pasiones e impide el juicio de la razón".

Como la turbación de los iracundos no les permite ni ver ni razonar, sumergidos en el rumiar su venganza, no tendrían efecto sobre ellos ni cuadros ni gritos sugerentes. Se hace necesario un modo más contundente, algo así como un "schock", para arrancarlos de su vehemente obnubilación. Por eso se emplea aquí el método de "visiones arrebatadoras". Bajo esa forma se les suministran las lecciones: tres casos de personas aparente o realmente menospreciadas, que han moderado la espontánea reacción airada convirtiéndola, ya en mansedumbre, ya en clemencia, ya en perdón.

He aquí la descripción de Dante:

Me vi de pronto en el siguiente giro.

...

Allí me pareció ser promovido
a extática visión súbitamente,
y ver muchas personas en un templo
y una mujer en el umbral, con dulce
gesto de madre, decir: "Hijo mío,
¿por qué así te portaste con nosotros?

Mira, tu padre y yo, harto afligidos
te hemos buscado". Y al callar de pronto
se disipó esta visión primera.

Otra mujer vi luego con el agua
que destila el dolor en las mejillas
cuando ella brota por un gran despecho,
y que decía: "Si señor tú eres
de la ciudad que disputaron dioses
y en la que toda ciencia centellea,
véngate de los brazos insolentes
que a tu hija cifieron, ¡oh Pisistrato!"
Y el señor, benigno y manso,

respondió con el rostro atemperado:

"¿Qué hemos de hacerle a aquel que más nos quiere si condenamos a quien bien nos ama?"

Vi gente ardiendo en fuego de iracundia
matar a un joven con tremendas piedras
a un solo grito: "¡Martiriza!, ¡martiriza!"

El se inclinaba ya, porque la muerte
lo hacía gravitar sobre la tierra,
mas sus ojos abrían todo el cielo,
rogando al Señor alto, en tal estrago,
con expresión que a la piedad desata,
que perdonase a sus perseguidores.

(XV, 83-114)

La mansedumbre de una madre, la clemencia de un gobernante, el perdón de una víctima.

La primera lección presenta a la Virgen Madre que no se enoja por la desaparición sin aviso de su Hijo, sino que al hallarlo en el Templo lo reconviene con dulzura; luego, una madre ofendida porque el novio abrazó a su hija, reclama, a su marido, el rey de Atenas, que use de su autoridad para vengarla, es apaciguada por éste con su respuesta temperada y benigna; por fin, la escena del martirio de San Esteban a manos de gente airada y enfurecida, pero a la cual responde perdonándola: son ejemplos que parecen tocarlo a Dante en lo más vivo, evocándole y hasta reviviéndole su propia iracundia, según se deduce del diálogo que sigue:

Cuando mi alma retornó a las cosas
que fuera de ella son también veraces
reconocí mis errores, y no falsos.

Mi guía, que entonces podía verme
cual hombre que del sueño se desliga,
dijo: "¿Qué tienes tú que tambaleas
y has caminado más de media legua,
los ojos turbios, trémulas las piernas,
cual si el vino o el sueño te doblasen?"

...

"Lo que viste es para que no rechaces
ahí en tu corazón las aguas de la paz
que de la eterna fuente se difunden."

(XV, 115-132)

Esta cura de visiones pacificadoras viene de Dios; y el haberle sido proporcionada a Dante a la hora de Vísperas del lunes de Pascua nos recuerda que la paz es fruto del Misterio Pascual: la reconquistó Cristo por su muerte y resurrección, y la Iglesia la comunica a través de la adecuada liturgia... Todavía le queda por ver el estado y penitencia de los iracundos y la oración que se les da para remediarlos:

Ibamos en el véspero...
 Mas he aquí que poco a poco un humo
 oscuro cual la noche fue formándose;
 no había sitio donde resguardarse
 y nos quitó la vista y aire puro.

(XV, 139-145)

A Dante le parece haber vuelto al infierno: "negror de infierno", "tinieblas", "el humo abrir los ojos no me consentía", "por el aire amargo yo marchaba..." Todo esto revela el estado del iracundo y constituye a la vez su penitencia. Bien lo conocen los que se dejan llevar por la cólera: sumidos en la amargura por creerse despreciados, indignados, inmersos en negras fantasías de venganza, y es poco el goce que éstas les prestan al lado de lo que sufren, ¡verdadero castigo! El alma de los iracundos llega a ser un infierno, del que quisieran salir y no pueden. Con ellos no valen razonamientos, por lo que a veces se les prescribe repetir una jaculatoria como antídoto apaciguante. Aquí se les ofrece una y además el repetirla juntos para contrarrestar el aislamiento que padece todo colérico, solo en su indignación frente a los que la provocan:

Yo oía voces, todas parecían
 rogar por paz y por misericordia
 al Cordero que quita los pecados.
 Sólo el *Agnus Dei* era su exordio,
 una sola palabra, un solo tono,
 y que transparentaba su concordia.

Y Virgilio observa: "De la iracundia van soltando el nudo"
 (XVI, 16-24)

Contribuye a ello sobre todo el imponérseles la imagen del Cordero de Dios, prototipo de la mansedumbre: Aquel que, siendo el más digno, no se indignó; siendo el más grande, no le importó el desprecio; y siendo verdaderamente menospreciado y ofendido, se entregó por el bien de sus ofensores. ¿Cómo no conmoverse y

no despertar a semejantes sentimientos de dulzura y perdón? Lo que no pueden, lo piden, y el mismo pedir los va inundando de paz pues Él es nuestra paz:

Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, ten
misericordia de nosotros;
Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, danos
la paz...

El método de imponer imágenes poderosas a los habituados a llenarse la mente de amargura y fantasías de venganza es adecuado para sanar esta viciosa imaginación. Dante cobra conciencia de ese peligro cuando poco después exclama:

¡Oh imaginativa que por veces
tanto nos arrebatas, que no oímos
aunque en torno resuenen mil trompetas!

(XVII, 13-15)

Por entonces ya ha conseguido salir de aquel humo amargo y fantaseoso y asomarse a la realidad iluminada por los últimos dulces rayos de sol. Allí es arrebatado por las últimas visiones curativas provenientes de Dios, que él ahora distingue de sus propios fantasmas. En esa forma se le ofrece contemplar los ejemplos de iracundos impenitentes castigados: el de Filomela, convertida en ruiseñor por haber llegado a matar un sobrino (episodio mitológico); el de Amán crucificado en lugar del justo Mardoqueo a quien él, enfurecido, había querido poner en cruz (narrado en el Antiguo Testamento en el libro de Ester) y el suicidio de la reina Amata al no poder aguantar su propio despecho y rabia (de la Eneida):

De la maldad de quien mudó su forma
a la del ave que con gusto canta
en la imaginación tuvo la impronta;
se concentró mi mente de tal modo
dentro de sí, que desde afuera nada
era entonces por ella recibido.
Después llovió a la alta fantasía
alguien crucificado, desdeñoso
y fiero en su actitud, y así moría:
en torno de él estaba el gran Asuero,
Ester su esposa, el justo Mardoqueo...

Y cuando se rompió por sí esta imagen
 como la pompa...
 surgió en mi visión una muchacha
 llorando fuertemente, y que decía:
 "¿Por qué, por ira, te aniquilaste, reina?"
 (XVII, 19-36)

Después de este tratamiento de visiones que, como bien observa Guardini "retienen toda su atención y actúan en el seno en que se forma la existencia", transformándola, llega el ángel para cumplir el rito consabido: borrarle la tercera de las "P", indicarle el paso hacia el próximo estadio purgativo y celebrarlo con la bienaventuranza que corresponde a los ya inundados del don de la paz:

Dijo una voz: "Aquí se sube",
 sentí muy cerca cuasi un mover de alas
 ventearme el rostro y decir "Beati
 pacifici, que están sin ira mala!"
 (XVII, 47-69)

III- Un alto en el Purgatorio: lección de Virgilio a Dante sobre el amor

A partir del verso 76 del canto XVII, Dante y Virgilio se encuentran en la cuarta cornisa de la montaña purgatorial. Anochece, no hay ruidos, y todo se presta a la importante conversación que van a iniciar. El poeta florentino se siente fatigado, sus piernas no dan más, y esto corresponde a su cansancio anímico: su voluntad de avanzar no da más. Esto que experimenta le permitirá comprender el estado espiritual de los que purgan en este piso y participar él mismo de tal purgación. Virgilio le explica:

Cuando el amor del bien se apoca,
 aquí, según lo justo, se restaura:
 aquí se apura el demorado remo.
 (XVII, 85-87)

Se trata de la acedia, esa pereza de la voluntad que frena la innata tendencia a Dios, Sumo Bien. Hay que alcanzarlo, y la escalada de la montaña muestra por sí sola la dificultad. Y aquí,

justamente en la mitad del ascenso, Virgilio va a enumerar todos los impedimentos que distancia al hombre del Sumo Bien. Con ello aclara las etapas del Purgatorio, las ya hechas y las por hacer:

Hay quien en el contraste del vecino
sobresalir espera, y así anhela
que la grandeza de éste venga a menos.

(vv. 115-117)

Es la soberbia.

Hay quien poder y gracia, honor y fama
teme perder porque otros sobresalen,
y se apena deseando lo contrario.

(vv. 118-120)

Es la envidia.

Y hay quien al dolerse de una injuria
se muestra harto glotón en la venganza:
al tal le place siempre el mal ajeno.

(vv. 121-123)

Es la iracundia.

En los tres casos, se trata de desmedidos amores a uno mismo, de formas de egoísmo que impiden amar bien al prójimo, pero también a Dios, ya que *nadie puede decir que ama a Dios, a quien no ve, si no ama al prójimo a quien ve* (cf. *1Jn 4, 20*). Como esos tres egoísmos se explían en las cornisas inferiores, dice el maestro:

Este triforme amor aquí debajo
se llora; mas del otro quiero hablarte,
que va hacia el bien con orden corrompido.

Un bien, confuso, cada uno 'intuye
para aquietar el alma, y lo desea;
y por llegar a él todos combaten.

Si os tira lento amor a contemplarlo,
o a conquistarlo, aquí en esta cornisa,
tras justa compunción, se lo azuza.

(vv. 124-132)

Es la acedia.

Y prosigue, refiriéndose a otros tres "malos amores", que son los que se curan en los pisos superiores del sanatorio purgatorial:

Hay otro bien que al hombre no da dicha:
no es felicidad, no es la buena

esencia, raíz y fruto de lo bueno.

El amor que a ese bien mucho se entrega
sobre nosotros llórase en tres cercos,
mas cual sea su forma tripartita
lo callo, porque tú mismo lo busques.

(vv. 133-139)

Es el bien concupiscible —riquezas, placer sensual y sexual— relacionados con los vicios de avaricia, gula y lujuria.

Lo decisivo de esta lección de ética que da Virgilio en su calidad —reconocida por Dante— de "padre veraz", "alto doctor" y "maestro" de filosofía natural, reside en mostrar los vicios en relación con el amor, así como en señalar al amor como motor de toda la vida humana. La lección prosigue distinguiendo dos clases de amores que se hallan en el ser humano y proceden de Dios, que es Amor:

Ni el Creador ni la creatura nunca
—comenzó— sin amor han alentado,
o natural o de ánimo, y lo sabes.

El natural excluye siempre el yerro;
el otro puede errar por mal objeto
o ya por mucha o ya por poca fuerza.

(vv. 91-97)

El primer amor es la tendencia natural innata, constitutiva del ser humano quien, creado por Dios, lleva en sí el impulso hacia Dios. Y, así como su energía vital lo hace crecer físicamente, así una energía espiritual insita lo mueve a buscar la verdad, el bien, la belleza, los valores. A través de ellos está buscando a su causa, pues todo lo creado es reflejo de su Creador. Este primer amor suele llamarse *voluntas ut natura*, por ser precisamente la tendencia natural de la voluntad, lanzada por el mismo Creador hacia su meta, como una flecha es lanzada hacia el blanco. Pero lo especial de esta flecha, que es el querer humano, es desviarse en el trayecto. Y esto, porque lleva consigo otro pequeño motor que puede o no acoplarse a la dirección proyectada. Y este sería el segundo amor, al que Virgilio llama "de ánimo":

Cuando al Supremo Bien él se dirige,
y se modera así en los secundarios,
caer no puede en mala complacencia;
mas cuando al mal se tuerce, o cuando marcha
hacia el bien sin el celo necesario,
contra el Creador actúa la creatura.

Puedes por eso comprender que debe
 ser el amor semilla de virtudes
 y de otras posibles de castigo.

Y como a la salud del ser amado
 no puede nuestro amor volver la cara,
 del propio odio todos se hallan libres.

Y como nadie puede suponerse
 solo, del primero dividido,
 no cabe imaginar odiar a éste.

(vv. 97-111)

Este segundo amor, si se suma al primero, conserva la buena dirección, busca su meta, y esto hace que se ajuste en el amor de los bienes transitorios, así como un viajero no se detiene demasiado en las etapas del camino, pues lo que desea es llegar a destino. Este segundo amor no es ya amor natural, sino personal y respuesta positiva o negativa al amor personal de Dios. Pero esto no lo dice Virgilio, pues habla como encarnación de la Filosofía. Sabe que a su explicación le falta algo —lo que luego agregará Beatriz, representante de la teología revelada—; pero, así y todo, al recoger esta enseñanza, el autor de la *Divina Comedia* hace valer las intuiciones del mundo pagano, preparatorias de la mente para mejor recibir la revelación de Cristo. Dante hace lo mismo que los antiguos Padres de la Iglesia, y lo mismo que los Doctores de su tiempo (Santo Tomás, San Buenaventura): recoge una larga tradición realista de procedencia griega para integrarla en el mensaje cristiano, con el que cobrará sentido cabal. Y a Virgilio le toca aquí exponer esta tradición filosófica. Ella dice: nadie quiere el mal, todos quieren el bien. Lo que se llama "mal", o es un bien equivocado, falso, o es un excederse en más o en menos; y quien se equivoca o se excede no pierde, al hacerlo, su tendencia natural, sino que deja surgir junto a ésta una especie de segunda voluntad que toma la delantera, interponiéndose y poniendo distancia entre el hombre y su meta, lo que se ve representado aquí por la distancia de cada uno de los rellanos purgatoriales respecto de la cima de la montaña. En los tres inferiores están detenidos los que quisieron el mal del prójimo por un desmedido y mal entendido amor a sí mismos —soberbios, envidiosos e iracundos vengativos—, mientras que en las tres terrazas superiores están los que tomaron los bienes secundarios como fin último, idolatrando el dinero, el placer sensual o sexual, o al menos se deleitaron tanto en ellos que se olvidaron del bien real. Y en la cuarta cornisa —a la que acaban de llegar Dante y

Virgilio— están los rezagados y lentos a quienes acobardó el esfuerzo que cuesta llegar al Sumo Bien.

En ninguno de estos casos se vio a nadie odiarse a sí mismo, como lo puntualiza Dante, sino amarse mal, con una atención exagerada de sí —ya de la propia excelencia, gloria o dignidad; ya de las propias complacencias; o ya de su debilidad—. En todos los casos, este mal amor egoísta contradice al buen amor natural al Bien, pero no puede ahogarlo. "No cabe imaginar odiar a éste", señaló Virgilio. No, porque existir implica sustentarse en Dios: no hay nadie "sólo", nadie "dividido del Ser primero". Al menos como su causa y su fin, el Creador está siempre presente en su creatura. Y también por esto es posible la purgación: pues al fin de cuentas el vicio, el mal sentimiento, el mal hábito, no llega a esa base de sustentación de la existencia que es Dios mismo otorgándola; no llega a la naturaleza que Él sostiene. La segunda naturaleza, la viciosa, es como una costra que cubre a la naturaleza primera. Purgarse es limpiarse, desembarazarse de aquella costra sucia, enferma, y recobrar y adherirse al impulso del buen amor, siempre latente.

Al comienzo del canto XVIII prosigue la lección de ética, pues Dante insiste:

Pero, te ruego, dulce Padre caro,
definas el amor, al que reduces
en todo al buen obrar y a su contrario.

(vv. 13-15)

Y Virgilio lo satisface:

El alma, que al amor nace dispuesta,
se mueve hacia las cosas que le placen
luego que por placer al acto tiende.

Una idea extrae del ser veraz
vuestra aprehensión, y la despliega adentro
y hace volverse a ella vuestra alma;

y si al volverse va hacia aquella,
este plegarse es amor, es naturaleza
que por placer de nuevo os liga.

Luego, tal como el fuego cobra altura
por su índole, nacida para alzarse
allí donde, él persiste en su materia,
así el alma cautivada entra en deseo:
motor espiritual; y no descansa
hasta gozar al fin la cosa amada.

Bien puedes advertir cuán escondida
 les está la verdad a quienes creen
 que es todo amor en sí laudable cosa,
 aunque quizás parece su materia
 ser siempre buena; mas no todo signo
 es bueno, aunque buena sea la cera.

(vv. 19-39)

Virgilio está proponiendo a su discípulo la primera parte del esquema del acto volitivo según la ética realista, tal como lo hace Santo Tomás de Aquino en la 1^a 2^a 26, de su *Suma Teológica*: la correspondiente al amor natural o *voluntas ut natura*. La voluntad se mueve espontáneamente hacia un objeto atrayente cuya imagen es aprehendida por el intelecto. Esta primera inclinación se llama *amor*, amor natural, que naturalmente también enciende el *deseo*. Este arde cual fuego espiritual y, como motor espiritual, busca la cosa deseada hasta poseerla y *gozarla*. Tres pasos: amor, deseo y gozo. Pero al final observa el maestro que la cera que arde, siempre buena (la voluntad natural que ama) puede haberse equivocado de objeto, tomar por bueno un "signo" que no lo es. De allí que no todo amor merezca aplauso. Pero a Dante se le presenta una duda a raíz de esta explicación:

Si amor se nos ofrece desde afuera,
 y el alma no va con otro pie,
 si va recto o torcido, no es su mérito.

(vv. 43-45)

Entonces Virgilio le explica con humildad "lo que ve la razón", pues seguramente se ha de agregar a esto algo más que verá la teología (Beatriz). Lo ya descrito vale: la "idea", "imagen" o "signo" que capta el intelecto es lo que despierta el apetito volitivo. Señala que la voluntad se mueve como un instinto, al que compara al de las abejas tras la miel, por lo que confirma lo ya dicho: que este "primer amor" no merece ni loa ni reproche. Pero ahora agrega algo más, ya que el acto volitivo humano no acaba en el mero "amor natural", o mejor dicho, en la primera tendencia que llamó "amor". Precedida de un momento deliberativo, hay una segunda fase en la cual el hombre puede aceptar o no la espontánea inclinación:

Ahora bien, para que a ésta se una otra
 late innata la fuerza que aconseja
 y vela en el umbral de la aquiescencia.

Ella es, pues, el principio del que surge
vuestro merecimiento, según luego
al bien o al mal le dé acogida.

(vv. 61-66)

Tras discernir, se elige. Entonces hay amor libre, acompañando al natural, y es por eso que se puede hablar de un comportamiento ético, por ello hay ética:

Los que reflexionando han ido al fondo
esta libertad innata han advertido:
por eso una moral dieron al mundo.

De donde, aunque necesariamente
surja cualquier amor, vosotros
tenéis la potestad de retenerlo.

Es la noble virtud a la que llama,
Beatriz el *libre arbitrio*, y no te olvides
de recordarlo si ella te habla de esto.

(vv. 67-75)

Ciertamente Dante, recordando esta lección del buen maestro, se alegrará cuando, tras la penosa ascensión rectificadora, le declare en la cima de la montaña:

Libre, derecho y sano es tu albedrío:
error sería no seguir su aviso,
y así por eso te coronó y mitro.

(XXVII, 140-142)

Así queda claro que no es el amor natural el que hace que nos equivoquemos o desmandemos. Lo que necesita ser rectificada es nuestra facultad de opción, que en última instancia no es otra cosa que nuestra capacidad de dar libre respuesta a Dios; o mejor dicho —ya alumbrados por la "teología"—, de reconocerlo como Padre y responderle como hijos. Sólo este reconocimiento incondicional asegura la rectitud de nuestras opciones, como respuestas agradecidas, respuestas de amor al que nos ama y enamora: a Dios que, como lo vislumbró la filosofía es el Sumo Bien; pero también es Benevolente, Bienhechor, Benefactor, Buen Padre y Buen Pastor.

Conmueve, con todo, esta escena en la que el poeta florentino llama "alto doctor" al mantuano, *valirando esa recta filosofía antigua* que dio una ética al mundo, que discernió la voluntad humana

dividida y que se animó a encauzarla hacia la virtud y el Bien. Conmueve la manifiesta modestia del maestro que la simboliza. Conmueve la manera cómo Dante ubica a esta ética, integrándola como base natural del comportamiento humano, al que curará y mejorará la gracia, por ser a la vez curativa y elevante.

(continuará)

Pampa 3202
1428 Capital

INÉS DE CASSAGNE